

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/346911>

Diana Pérez y Diego Lawler (compiladores) (2017): *La segunda persona y las emociones*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Análisis Filosófico, 298 pp.

El título del libro es suficientemente expresivo: *La segunda persona y las emociones*. Se trata de una compilación de los trabajos presentados en el *Workshop* “La segunda persona y las emociones”, que tuvo lugar en el Instituto de Investigaciones Filosóficas de SADF, Argentina, del 7 al 9 de septiembre de 2016. La mencionada actividad y la publicación del libro fueron posibles gracias al proyecto de investigación “La atribución psicológica: perspectivas y problemas” (PICT 2013-1419). Apenas existen en castellano publicaciones sobre esta combinación de temas. Y los materiales que podemos encontrar en este libro son tremendamente sugerentes y actuales.

Cuando pensamos en la noción de puntos de vista, o perspectivas, enseguida nos viene a la mente la distinción entre puntos de vista de primera, segunda y tercera persona. Y cuando consideramos la propia mente, con rapidez surge ante nosotros la amenaza especulativa de todos los demonios cartesianos. Aunque también, con la misma rapidez y fuerza, sentimos la certeza moral de estar unidos al mundo externo con fuertes lazos que sobrepasan con mucho lo cognitivo. Los puntos de vista de segunda persona anudan un gran número de esos lazos. Lo hacen de una manera no privada, sino pública. Y lo hacen desde una objetividad diferente de la objetividad impersonal de la tercera persona. En los puntos de vista de segunda persona, la mente se externaliza. Pero lo hace de una manera sumamente personal.

Muchas veces se ha hecho epistemología, ética, metafísica, etc., y por supuesto filosofía de la mente, desde el punto de vista de la primera persona. Descartes suele ser presentado como un claro ejemplo. En el polo opuesto, también han surgido abundantes iniciativas para la epistemología, la ética, la metafísica, etc., que han querido buscar soluciones desde el punto de vista impersonal y exclusivo de la tercera persona. Incluso la filosofía de la mente ha explorado durante décadas recientes este camino. La segunda persona ha sido la gran olvidada. Pero hoy día, las cosas están cambiando. No sólo se ha popularizado una concepción anti-cartesiana y anti-intelectualista de la mente. También se ha convertido en necesidad el tener en cuenta los contextos de interacción personal. De la mente de un yo pensante cartesiano hemos pasado a una mente extendida (*extended*), corporeizada (*embodied*), enactiva (*enacted*) y situada (*embedded*). Y no sólo esto. La mente es ahora también una mente que interactúa intensamente con otras mentes. Y esa interacción es tan emocional como cognitiva.

En su *Introducción* al libro, los compiladores, Diana Pérez y Diego Lawler, hacen un perfecto resumen de los anteriores cambios, comentando algunos de los autores más relevantes. Un breve recorrido por el resto libro ofrece el panorama siguiente.

El primer trabajo, titulado *Intercorporeidad y reversibilidad: Merleau-Ponty, emoción, percepción e interacción*, de

Shaun Gallagher, desarrolla ideas de Merleau-Ponty sobre la regulación emocional de la experiencia de interacción corporal. Tal interacción configura nuestras capacidades cognitivas y depende, a su vez, de ciertas características de nuestros cuerpos.

El Segundo trabajo se titula *Si queremos saber cómo sopla el viento podemos mirar la arena. Pensar el desarrollo psicológico observando el movimiento*. Su autora es Silvia Español. En él se argumenta que las experiencias corporales ligadas al movimiento del cuerpo en la primera infancia, tanto en soledad como en interacción con adultos, son fundamentales en el desarrollo psicológico.

El tercer trabajo trata sobre el lenguaje. Su título es *Lo que el aprendizaje del lenguaje revela sobre el lenguaje (y sobre la cognición social)*. La autora, Carolina Scotto, propone una interesante hipótesis. Las interacciones desde la perspectiva de segunda persona, poniendo en juego capacidades de comunicación no-lingüística, permitirían explicar los procesos de adquisición del lenguaje.

A continuación, el trabajo de Pablo Quintanilla, *Atención compartida, triangulación y la perspectiva de la segunda persona*, analiza la noción de triangulación. Davidson la usa para describir el mecanismo básico que permite generar significados y objetividad. En una situación de triangulación, al menos dos sujetos interactúan entre sí y con el mundo. El autor desarrolla la idea de que la atención compartida es el fenómeno central de las situaciones de triangulación.

En el siguiente trabajo, de José Luis Liñán y Miguel Ángel Pérez Jiménez, *Segunda persona y reconocimiento: entre los afectos y la normatividad*, se defiende la siguiente línea argumental: 1) el concepto de persona es normativo e incluye

necesariamente la referencia a una comunidad, a un “nosotros”, 2) esto lo permite el reconocimiento del “otro” como alguien con quien podemos interactuar de igual a igual, y 3) tal reconocimiento, a su vez, sólo es posible gracias a nuestros sistemas afectivos.

Jenefer Robinson en su trabajo *‘Tú, ser abrazable’*. *La emoción como percepción para la acción*, ofrece una interesante respuesta a la difícil pregunta acerca de la naturaleza de las emociones. Las emociones, argumenta, son un tipo de percepción. Son percepciones de posibilidades de acción, en el sentido de las *affordances* de Gibson, que involucran a otros sujetos.

Patricia Brunsteins dedica el siguiente trabajo al análisis de la empatía. Su título es *El carácter emotivo de la experiencia empática*. La empatía se entiende a veces como un ponerse en el lugar del otro. Más bien, defiende la autora, es un encuentro con el otro que incluye tanto componentes cognitivos como afectivos. La diferencia es importante. Ponerse en el lugar del otro requiere representar ese lugar. Y esto, seguramente requiere capacidades metacognitivas o metarepresentacionales. Encontrarse con otros sujetos no requiere tanto. Consiste simplemente en un proceso de mútua influencia, guiado por patrones causales y no por principios normativos como ocurre, por ejemplo, en el planteamiento de Davidson.

En *Apuntes acerca de la hipótesis de la percepción directa de los estados mentales*, de Tomás Balmaceda, la expresión corporal es vista como significativa de modo muy directo, sin realizar inferencias, sin formular y poner a prueba conjeturas. Este trabajo analiza la idea de que en efecto la expresión corporal permite acceder directamente a la mente de los demás, considerando las dificultades para defenderla.

El último de los trabajos del libro se titula *Lo que la segunda persona no es*. Los autores son Antoni Gomila y Diana Pérez. El campo de investigación conocido como “cognición social” intenta analizar los mecanismos que nos permiten comprendernos unos a otros como personas portadoras de creencias, deseos, dolores, emociones, etc. Este último trabajo del libro discute varias tentativas diferentes a la hora de abordar este campo. Los autores tienen una conocida propuesta substantiva, presentada desde hace años en diversas publicaciones, que consiste en poner de relieve el tipo peculiar de interacción entre sujetos que se produce al adoptar perspectivas de segunda persona. Estas situaciones son consideradas

la fuente principal de la cognición social, tanto ontogenéticamente como filogenéticamente.

Son muchos los temas tratados en este libro. Y la mayoría de los trabajos incluidos en el mismo nos permiten acceder a campos realmente nuevos y apasionantes. Pero sobre todo ello, destaca una idea central. Como muy bien señalan los compiladores al final de la introducción al libro, comprender qué es la mente, y cómo funciona, no es una tarea completamente independiente de comprender cómo nos entendemos los unos a los otros.

*Manuel Liz*  
(Universidad de La Laguna)

<http://dx.doi.org/10.6018/daimon/346951>

Zalabardo, José Luis (2015): *Representation and Reality in Wittgenstein's Tractatus*. Oxford: Oxford University Press. 263 pp.

Es curioso que el *Tractatus* de Wittgenstein se haya convertido en uno de los iconos culturales de nuestra época. Pero no sólo sorprende esto por lo difícil que sea entenderlo, saber siquiera qué está Wittgenstein diciendo y queriendo decir. También es sorprendente por el tema tratado en el libro. El tema general sí aparece explícito desde las primeras páginas: cómo es posible que nuestro pensamiento y nuestro lenguaje representen la realidad. Sin duda, si este tema ha generado pasiones, si lo sigue haciendo, la filosofía no ha muerto.

Cuando Wittgenstein comenzó a escribir filosofía, sus ideas e inquietudes se cruzaron con los problemas que obsesionaban a Russell. Gran parte de esas ideas e inquietudes iniciales de Wittgenstein siguen quedando muy bien reflejadas en el libro de Allan Janik y Stephen Toulmin, *La Viena*

*de Wittgenstein* (edición castellana reciente en Sevilla, Athenaica, 2017). Tenían que ver con las posibilidades expresivas del lenguaje, con el programa logicista de Frege, con la cultura centro-europea, con las protestas neo-kantianas frente al idealismo, con su situación personal, etc.

Los problemas que obsesionaban a Russell también tenían que ver con la constitución de una nueva lógica y de una nueva filosofía en reacción a ciertas posiciones idealistas, en su caso de autores como Bradley y McTaggart. Una de las obsesiones de Russell, transmitida por Moore, era la de elaborar una buena teoría sobre el juicio. ¿En qué consiste formular un juicio sobre que las cosas sean de cierto modo? Para muchos autores idealistas, especialmente para Bradley, todo juicio particular encerraba inevitablemente